

William Faulkner

Adolescencia

I

No era natural de la región. Como le había sido impuesto por las ciegas maquinaciones del azar y de la aún más ciega Junta Escolar del condado, habría de seguir siendo hasta el fin de sus días extranjera en esta tierra de colinas de pinos y hondonadas de lluvia y de fecundas tierras ribereñas. El suyo debería haber sido un medio de decadencia levemente sentimental, de comodidad formal entre ritos de té y actividades delicadas y superfluas.

Era una mujer menuda con enormes ojos oscuros, que en el galanteo físicamente crudo de Joe Bunden habríade hallar el falso romance donde encauzar los ardores de sus inhibiciones presbiterianas. Los primeros diez meses de su matrimonio –un tiempo de trabajo manual sin precedentes– no lograron destruir sus ilusiones; su vida mental, proyectada hacia adelante, hacia el esperado hijo, le ayudó a sobrellevarlos. Había anhelado que fueran gemelos, niño y niña, para poder llamarles Romeo y Julieta, pero se vio forzada a prodigar su hambriento afecto a Julieta¹ únicamente.

Su marido disculpó la elección del nombre con una tolerante risotada. La paternidad pesaba sólo muy levemente sobre sus espaldas: como todos los machos de su índole consideraba la llegada ineludible de los hijos como un inevitable inconveniente más del matrimonio, como el riesgo de mojarse los pies mientras se pesca.

A partir de entonces, de forma regular y sucesiva, aparecieron Cyril, que un día accedería al Cuerpo Legislativo del Estado, y Jeff Davis, que acabó colgado en Texas por el robo de un caballo, y otro varón a quien la madre, ya con el ánimo quebrado y apática en extremo, renunció a dar nombre alguno y que, por conveniencia, atendía por Bud², y que llegaría a ser profesor de latín –con cierta debilidad por Catulo– en una pequeña universidad del medio oeste.

El quinto y último hijo nació a los cuatro años y siete meses del día de la boda; de tal suceso, sin embargo, la madre tuvo la fortuna de no recuperarse, razón por la cual Joe Bunden, en un acceso inhabitual de contrición sentimental, puso al benjamín su propio nombre, y se casó de nuevo. La segunda señora Bunden era una arpía alta y angulosa que, cual brazo ejecutor de la justicia sin saberlo, ocasionalmente propinaba a su marido –según era sabido– vigorosas palizas con estacas de la lumbre.

El primer acto oficial del nuevo régimen fue privar a Julieta de su nombre, que pasó a ser Jule a secas; a partir de aquel instante Julieta y su madrastra, en quienes latía una mutua e instintiva antipatía desde el día mismo en que se conocieron, se odiaron abiertamente. No sería sino dos años después, empero, cuando la situación se haría insoportable. A los siete años, Julieta era una chiquilla traviesa como un duende, delgada como un junco y morena como una baya, con angostos ojos negros y sin fondo, como los de un animalito, y negra melena curtida por el sol. Un marimacho que zurraba imparcialmente a sus menos despiertos hermanos y maldecía a sus padres con pasmosa fluidez.

Joe Bunden, en sus periódicos arrebatos de plañidera embriaguez, se lamentaba de la desintegración de la familia e imploraba a Julieta que fuera más cordial con su madrastra. Como quiera que la brecha abierta entre las dos fuera insalvable, Joe Bunden se vio obligado, a fin de procurarse algo de paz, a enviar a Julieta a casa de la abuela.

Allí todo era diferente, hasta el punto de que su protesta retadora ante el orden existente se convirtió en mera beligerancia perpleja; y, pasado un tiempo, ante la ausencia de cualquier tensión emocional, en una suerte de felicidad negativa. También allí había quehaceres en la casa y en el huerto, pero vivían

¹ El nombre inglés es Juliet; hemos empleado su correspondiente castellano, Julieta, porque resultaría incongruente emparejar otro distinto al de Romeo. (N. del T.)

² Bud: tipo, chico, amigo, compadre. (N. del T.)

juntas apaciblemente. Su abuela, que era la madre de su padre, había dejado atrás las perturbadoras ramificaciones del sexo, y consiguientemente era juiciosa; controlaba a Julieta de modo casi tan sutil que jamás había entre ellas roce alguno. Julieta poseía al fin, sin desazones, la paz e intimidad que deseaba.

La casa cuyo foco tormentoso había sido no la habría reconocido. El cambio, que sobrevino en el momento crucial, la había expurgado de su orgullo ardiente y susceptible, de su belicosidad nerviosa e inquieta, del mismo modo que su vida anterior la había expurgado de todo afecto animal por los padres. La mera mención de su padre y hermanos, empero, concitaba en ella toda la incontrolada turbulencia del pasado, a la sazón latente pero tan dinámica como siempre.

A los doce años seguía igual físicamente. Más alta y más serena, tal vez, pero morena y delgada y activa como un gato; sin sombrero y con un descolorido vestido de algodón, y descalza o con zapatos rotos y deformes; tímida con los extraños que pasaban ocasionalmente por la casa y desmañada e incómoda con sombrero y medias en sus raros viajes a la capital del condado. Evitaba siempre a su padre y hermanos con apasionada astucia animal. Podía trepar con mayor facilidad y rapidez que cualquier chico; y, desnuda y radiante, se pasaba horas y horas en un pozo pardo del arroyo. Al anochecer solía sentarse en el porche, con las piernas colgando y oscilando sobre el borde, mientras su abuela permanecía en el umbral y llenaba el quieto crepúsculo de aroma de tabaco curado en casa.

II

Tiempo feliz, con quehaceres cotidianos y orgullo en su cuerpo aún plano; tiempo de trepar y nadar y dormir.

Tiempo aún más feliz, pues en su decimotercer verano encontró un compañero. Lo descubrió mientras nadaba perezosamente en el pozo. Alzó la vista al oír un ruido y allí estaba, con un mono de trabajo descolorido, mirándola desde la orilla. En una o dos ocasiones había habido desconocidos que, al oír las salpicaduras de sus zambullidas, habían apartado la maleza para verla. Mientras se limitaban a mirar en silencio se comportaba ante ellos con una beligerancia indiferente, pero en cuanto trataban de iniciar la charla dejaba el agua con inflamado odio creciente y recogía sus contadas ropas.

Pero esta vez era un chico de su edad, con camiseta sin mangas y el sol en su cabeza redonda de pelo crespo, sin maleza que la ocultara, que la miraba en silencio, y ella ni se dio cuenta siquiera de que no se sentía importunada. Él siguió durante un rato sus lentos movimientos con apacible curiosidad pueblerina, sin grosería, pero el pardo y fresco centelleo del agua acabó por vencer sus reticencias.

—Diantre —dijo—. ¿Puedo meterme yo también?

Ella flotó perezosamente y continuó en silencio, pero él no aguardó a recibir respuesta alguna. Con contados y escuetos movimientos se desprendió de sus miserables ropas. Su piel era como papel viejo; trepó sobre una rama que sobresalía por encima del agua.

—Eh —gritó con voz estridente—.

Mírame.

Y, retorciéndose desgarbadamente, se zambulló en el pozo en medio de salpicaduras prodigiosas.

—No es así —dijo ella con calma al verlo reaparecer ruidosamente—. Fíjate cómo se hace.

Y, mientras él flotaba en el agua y la miraba, ella trepó a la rama y se quedó unos instantes en equilibrio precario, con el cuerpo brillante y plano, réplica del del chico, erguido.

Y se zambulló.

—Diantre, eso está muy bien. Déjame ver si puedo hacerlo.

Durante una hora, uno tras otro, estuvieron saltando y zambulléndose.

Al cabo, cansados y con un zumbido en la cabeza, se deslizaron por el riachuelo hasta llegar a un punto de agua poco profunda, y se quedaron tendidos sobre la caliente arena. Se llamaba Lee, le dijo; “vivía en una granja al otro lado del río”; permanecieron tumbados en silenciosa compañía, luego se durmieron, y despertaron hambrientos.

—Vamos a coger unas ciruelas —sugirió él, y volvieron al pozo y se vistieron.

III

Fue el tiempo feliz, un tiempo tan claro y apacible que ella olvidó que no había sido así siempre; que ella y él no podrían seguir así indefinidamente, como dos animales en un estío eterno. Cogiendo bayas cuando estaban hambrientos, nadando en el cálido y brillante mediodía, pescando en la tarde monótona y apacible y tronchando la hierba cuajada de rocío al volver a casa en el crepúsculo. Lee, sorprendentemente, parecía carecer por completo de responsabilidades; no parecía apremiarle ninguna obligación, y jamás mencionó su casa o se refirió a otra vida que no fuera la que los dos llevaban juntos. Pero nada de esto le resultaba extraño a ella: su niñez le había inculcado la conciencia temprana de la eterna enemistad entre padres e hijos, y jamás había imaginado que una niñez pudiera ser diferente.

Su abuela nunca había visto a Lee; hasta entonces, pues, las circunstancias se habían ajustado a sus deseos: su abuela no debía llegar a verlo nunca. Porque Julieta temía que la anciana se viera obligada a interferir de alguna forma. Así que procuraba no descuidar sus quehaceres en modo alguno, ni despertar sospechas en la vieja. Con la agudeza del niño que desde temprana edad aprende de sus conquistas prácticas, se daba cuenta de que aquella camaradería perduraría inalterada únicamente en la medida en que no fuera conocida por quienes tenían autoridad sobre su persona. No desconfiaba especialmente de su abuela; no confiaba en nadie, simplemente; ni siquiera —respecto a ella misma estaba tranquila— en la capacidad de Lee para enfrentarse con el rechazo activo de un adulto.

Llegó agosto, y quedó atrás. Y septiembre. En octubre y principios de noviembre siguieron nadando y zambulléndose; pero tras las primeras heladas leves el aire se hizo sensiblemente más frío, si bien el agua seguía cálida. Entonces nadaban sólo al mediodía, y luego se tendían juntos, arrojados con una vieja manta de caballería, y charlaban y dormitaban y volvían a charlar. Llegó el invierno tras las lluvias de últimos de noviembre, pero les quedaban los pardos y empapados bosques, y encendían hogueras y asaban en ellas batatas y maíz.

El invierno al fin. Tiempo de amaneceres acerados y oscuros, de aquelsuelo helado que le hacía encoger los dedos de los pies desnudos mientras se vestía, de fuegos por encender en la estufa fría. Luego, cuando el calor había ya nublado los cristales de la ventana en la apretada y pequeña cocina, una vez fregados los cacharros y hecha la mantequilla, pasaba por el cristal la punta del delantal y miraba hacia fuera, y lo veía esperándola: una diminuta figura en el borde pardo de la tierra ribereña que se extendía más abajo de la casa. Lee se había hecho con una vieja escopeta de un cañón y cazaban conejos en los esquilados campos de maíz y de algodón, o se apostaban inútilmente al acecho de los patos en zonas de aguas estancadas y pantanosas. Pero el invierno pasó al fin.

El invierno pasó al fin. El viento cambió en dirección sur y llegaron las lluvias; el río creció sombríamente, frío y fangoso. Y, transcurrido un tiempo, el sol; descubrieron los primeros brotes en los sauces y los primeros pájaros rojos, llameantes flechas en la maraña de zarzales. Los árboles frutales florecieron con estallidos de rosa y blanco, arracimándose como fragantes abejas en torno a las destartadas y grises colmenas de casas y sucios almiares; y bajo los caprichosos cielos marmóreos contra los que se inclinaban como ebrios los delgados árboles, el viento silbaba entre los pinos mesetarios como lejanos trenes en su largo y remoto paso.

El primer día de calor, Lee la aguardaba con impaciencia. Ella, golpeando descuidada e infructuosamente ante una pila oscura, no podía aguantar más. “Adentro ahora mismo”, le gritó él en cuanto la vio aparecer corriendo y dejando atrás un ondeante trapo húmedo, y bajaron a la carrera hacia el arroyo mientras iban desvestiéndose. Se zambulleron ambos a un tiempo, aunque con la prisa, ella olvidó quitarse los zapatos. Se desprendió de ellos bruscamente, ante el estridente júbilo de Lee, y se quedó sin aliento al sentir el agua helada.

—Oye, estás blanco otra vez —dijo ella con sorpresa mientras él se subía al árbol para lanzarse al agua de nuevo.

Estaba increíblemente blanco: el bronceado del pasado verano había desaparecido de sus cuerpos durante el invierno, y ahora se sentían casi como extraños. Durante los meses fríos, ante el descenso gradual de la temperatura, ella había llevado varias prendas superpuestas, de forma que ahora parecía extremadamente delgada en comparación con su pasada corpulencia. Tenía, además, catorce años, y se hallaba por tanto en esa etapa del desarrollo tan poco airosa; frente a la simetría marfileña y suave de Lee, sus delgados brazos y hombros y sus pequeñas y huesudas caderas la hacían casi fea.

El agua estaba demasiado fría, de modo que después de un par de chapuzones salieron del arroyo, tiritando, y corrieron por el bosque hasta que entraron en calor. Luego se vistieron, y Lee sacó dos sedales y una lata con una maraña de gusanos rojos.

—Mañana estará más caliente —le aseguró a Julieta.

No fue al día siguiente sino varias semanas después cuando al fin el agua estuvo cálida, y a medida que los días se hacían más largos iba desapareciendo de su piel aquella extraña blancura, y pronto estuvieron bronceados otra vez. Había pasado un año más.

lv

Estaban echados juntos, arropados en la gualdrapa, bajo el alto y rutilante mediodía de octubre, dormitando y despertándose; el calor que generaba la conjunción de ambos cuerpos era casi excesivo para que resultara enteramente comfortable. El calor, la tosquedad punzante de la manta hacían que Julieta se sintiera inquieta: se volvió y cambió de posición brazos y piernas; una y otra vez. El sol les daba en la cara en una lenta sucesión de oleadas demasiado cegadoras para que les fuera posible abrir los ojos.

—Lee —dijo ella al fin.

—¿Mmm...? —dijo, somnoliento.

—Lee, ¿qué vas a hacer cuando seas hombre?—No voy a hacer nada.

—¿Nada? ¿Cómo te las vas a arreglar sin hacer nada?

—No lo sé.

Ella se incorporó un poco sobre el codo. La desgredada cabeza redonda de Lee estaba hundida en la arena caliente. Ella lo sacudió.

—¡Lee! ¡Despierta!

Los ojos de Lee, de color de la ceniza de la leña, se alarmaron en su cara oscura. Los cerró rápidamente y dobló el brazo por encima.

—Oh, diantre, ¿por qué te preocupas de lo que va a pasar cuando seamos mayores? Yo no quiero hacerme mayor: prefiero seguir como ahora: nadando y cazando y pescando. ¿No es mucho mejor que ser hombre y tener que arar y cortar el maíz y el algodón?

—Pero no puedes seguir como ahora siempre; tendrás que crecer y trabajar algún día.

—Pues bien, esperemos a hacernos mayores para empezar a preocuparnos.

Ella volvió a echarse y cerró los ojos. Brillantes puntos de sol, enloquecidos y rojos, le danzaban delante y detrás de los párpados. Pero no se sentía satisfecha: su insistencia femenina no iba a ser aplacada tan fácilmente. Se sentía vagamente turbada y triste, como el año cambiante, con una vislumbre de mortalidad y mutabilidad, de que nada salvo el propio cambio es inmutable. Voluptuosamente silenciosos, bajo el fuerte resplandor del sol, permanecieron allí echados hasta que un ruido hizo que Julieta abriera los ojos.

Grotescamente invertida, sobre ellos, estaba su abuela, una figura encorvada y deforme contra el blando e inefable azul del cielo. La anciana y la muchacha se miraron fijamente, y al cabo de unos instantes, Julieta volvió a cerrar los ojos.

—Levántate —dijo la anciana.

Julieta abrió los ojos, se incorporó a medias y se echó hacia atrás la melena con el brazo doblado y desnudo.

Lee, inmóvil y boca arriba, miró hacia la figura que permanecía de pie ante ellos con la rigidez trémula de la edad avanzada.

—Así que esto es lo que ha estado sucediendo a mis espaldas, ¿no? Por eso nunca tenías tiempo ni de hacer a medias el trabajo, ¿eh? Por eso hace falta un negro para cocinar y limpiar, ¿no es cierto? —masculló y rió entre dientes—. Levántate, te lo ordeno.

No se movieron. Había sucedido todo con tanta rapidez que sus cerebros embotados por el sueño se negaron a reaccionar. Se quedaron quietos, mirando aquella suerte de máscara que se agitaba en lo alto. La vieja alzó y blandió el bastón.

—¡Levántate, puerca! —dijo con voz trémula y súbita de ira.

Se levantaron y permanecieron codo con codo, como dos estatuas de bronce, bajo la implacable luz del sol. La cara de la vieja, vociferante y desdentada y con los ojos nublados y sombríos, se agitaba ante ellos.

—Completamente desnudos, los dos.

Ya me dijo tu padre que eras rebelde, pero nunca pensé que iba a encontrarte tumbada con alguien que ni siquiera he visto en mi vida. ¡Y éste no es el primero, estoy segura! ¡Tú y tus costumbres inocentes, tu afición a pescar y a vagabundear por el campo sola!

¿Ya sabes lo que has hecho? Echar por tierra tus posibilidades de conseguir un marido decente y rico: eso es lo que has hecho.

La miraron sin comprender, con mudo asombro.

—No tenéis por qué mirarme como si no entendierais nada: ¿creéis que vais a engañarme después de haberos pescado? ¿Es que no estáis bien juntitos los dos? —Se volvió de pronto a Lee—. ¿Cómo te llamas, chico?

—Lee —dijo él sin alterarse.

—Lee ¿qué?

—Lee Hollowell.

—El hijo de Lafe Hollowell, ¿eh?

—Se volvió de nuevo a Julieta—. ¿No tiene gracia la cosa, enredarte con un Hollowell? Lafe: vago, inútil total, no ha dado golpe en su vida. Jamás.

¡Y a ti no se te ocurre otra cosa que tumbarte con uno de ellos! ¿Qué piensas hacer si te quedaras esperando un hijo suyo? Pegarte a mí y hacerme tu esclava, supongo. Si necesitas un hombre, será mejor que te busques uno que pueda mantenerte: Hollowell no vaa hacerlo nunca.

Jule saltó como un alambre tenso.

—Tú..., vieja zorra —gritó desde las cenizas de su luminosa vida en compañía—. Lee, Lee —gimió con la congoja sorda de la desesperanza.

La vieja alzó el bastón con mano temblorosa y golpeó a Julieta sobre los hombros.

—Ponte la ropa y vete a casa. Ya me ocuparé de ti —dijo, al tiempo que Lee saltaba hacia ella y trataba de agarrar el bastón, que cayó de nuevo y le golpeó en la espalda. Tras el segundo golpe, Lee saltó fuera del alcance de la vieja.

—Vete de aquí —chilló la vieja—.

¡Fuera, que Dios te maldiga! Si vuelvo a verte el pelo o el pellejo, te pegaré un tiro como a un perro.

Se miraron: el desconcertado y cauteloso muchacho y la implacable anciana, terrible en su iracundia. Al cabo Lee se volvió y se vistió con rápida soltura y se alejó lanzando gritos por el bosque; y ella quedó allí, cuan gnomo trémulo, bajo la vida y quieta luz del sol y el lento ondear a la deriva de unas hojas escarlatas.

V

Reservada y apasionadamente orgullosa, se consumía en su interior.

Hacía el exterior, sin embargo, su comportamiento seguía siendo el mismo.

La vida con su abuela, descubrió, había sido hartamente placentera; a raíz de su desatino, la relativa autoridad que la anciana había ejercido sobre ella se vino abajo para siempre. En adelante convivieron en un tenso armisticio: la vieja, impersonalmente quejumbrosa; Julieta, en un estado semejante al de una botella de champán que no ha sido aún descorchada.

Su abuela se iba haciendo vieja y día a día, gradual e imperceptiblemente, recaía más y más trabajo sobre Julieta. Finalmente, cuando tuvo quince años, Julieta se vio haciendo casi todo el trabajo de la casa, y ocupándose asimismo del cuidado de los animales, si bien la vieja, animada por el rigor de su voluntad, dedicabanamente su reumático y consumido cuerpo a ciertas tareas menores. Dio en exigir la lumbre en verano y en invierno; se pasaba la mayor parte del tiempo sentada en el rincón de la chimenea: una grosera máscara, con una pipa de arcilla en la mano marchita, que escupía sobre las llamas.

—Abuela —dijo, y no por primera vez—, contrataremos a una cocinera.

—No necesitamos ninguna.

—Pero te estás haciendo vieja; creo que una negra te quitará mucho trabajo.

—Suponiendo que yo no mueva un dedo, ¿no eres tú lo bastante fuerte como para cuidarte de las cosas? He llevado la casa estos veintidós años; yo sola.

—Pero de nada sirve que nos matemos trabajando si no tenemos por qué.

—Mira, chiquilla: no te preocupes por mí hasta que me oigas protestar.

Espera a pasar lo que yo he pasado; espera a casarte y a aguantar catorce años con la tripa hinchada, y a ver a cuatro de nueve muertos y al resto desperdigados por Dios sabe dónde sin que muevan un dedo para ayudarte. ¿Te crees que cuando pasó todo, Alex ya muerto y enterrado, me iba a preocupar por un poco de trabajo y sin nadie de quien ocuparme?

—Y sé que fue duro; parece que todo el mundo lo ha pasado mal en este país. Pero, abuela, creo que ahora podríamos permitirnos un poco de descanso: tú has pasado lo tuyo, y yo no tengo aún edad suficiente para enfrentarme con lo mío.

—Ja —gruñó la vieja—. Estoy oyendo hablar al mismísimo Joe Bunden: pura pereza. Tú no estás contenta más que cuando corres por el bosque; ya no te queda tiempo para las faenas de la casa. ¡Una chica grande y fuerte como tú, tener miedo a un poco de trabajo duro! Cuando tenía tu edad cocinaba y me ocupaba de una familia de siete, y tú no tienes que cuidar a nadie más que a mí. Lo que te pasa es que no tienes ocupaciones suficientes, es lo malo.

Chupó la pipa e inclinó la cabeza hacia las llamas que brincaban en la lumbre.—Pero, abuela...

La vieja alzó bruscamente la cabeza.

—Escúchame, chiquilla. Ya estoy harta de tus tejemanajes. He mandado recado a tu padre contándole lo de ese Hollowell, así que va a venir a verte: a lo mejor te lleva a casa con él.

—Me tiene sin cuidado si viene o no. No me va a ver.

—Bah. Lo harás si te lo mando; y te irás con él si él quiere.

—No me iré con él. Lo mataré antes de que me toque.

—¡Vaya, no exagera la niña! Lo que tú necesitas es un palo en las costillas, y voy a intentar que Joe te lo ponga antes de que te marches de esta casa. No voy a tener aquí a nadie que no me haga caso, que haya decidido llevarme la contraria por pura terquedad.

—¿Qué es lo que he hecho, abuela, que no sea lo que me has mandado?

—¿Que qué es lo que has hecho?

Tengo sobre ti la misma autoridad que un fantasma; tú, que te comes mi comida día tras día. Desde que te sorprendía allí tumbada con ese paria de Hollowell me has hecho el mismo caso que si fuera tu padre, o esa mujer con quien se ha casado.

—¿Sigues pensando que Lee y yo...

que Lee y yo... que yo...? ¿Por eso has estado despectiva conmigo desde entonces? —y prosiguió, furiosa—: ¿Es eso lo que piensas? ¿Que él y yo...?

Oh, Dios. Me gustaría que no fueses tan vieja: te machacaría esa cara de vejestoria que tienes contra el fuego.

Te... te... ¡Te odio!

La vieja se agitó en las movedizas sombras; se le cayó la pipa de la mano trémula y se agachó sobre el hogar, tratando en vano de recogerla.

—No me hables así, zorra. —Buscó a tientas su bastón y se levantó—.

Vieja o no vieja, todavía tengo fuerzas para darte una zurra de despedida.

Alzó el bastón y abuela y nieta, durante unos instantes, se miraron con odio ante las llamas intermitentes y apacibles que brincaban alrededor.

—Atrévete a tocarme con ese bastón, sólo a tocarme —susurró Julieta entre los labios secos.— ¡Tocarte! El que va a darte de lo lindo cuando venga es Joe Bunden, te lo prometo. Y estoy segura de que el marido que te busque Joe también te enseñará lo que es bueno; verás cuando se entere de lo que dice la gente de ti y de ese pelagatos de Hollowell.

—¿Marido? —repitió Julieta. La vieja rompió a reír a carcajadas.

—Marido, lo que has oído. No he querido decírtelo hasta que estuviera todo listo, en vista de lo cabezota que eres. Pero supongo que Joe sabrá manejarte. Ya le mandé recado de que yo no podía. La gente de tu familia no te quiere en casa, así que Joe te buscó un marido, aunque sólo Dios sabe dónde ha podido encontrar a alguien que quiera cargar contigo. Pero eso es asunto de Joe, no mío; yo ya he hecho lo que he podido.

—¿Marido? —repitió Julieta, embobada—. ¿Crees que tú y Joe Bunden podéis hacer que me case a la fuerza?

Por mucho que te odie, antes prefiero estar muerta que volver a aquella casa; antes de casarme con nadie, os mato a ti y a Joe Bunden. ¡No podéis obligarme!

La vieja blandió el bastón.

—¡Cállate!

—¡Tócame! —dijo Julieta en un tenso susurro.

—Me desafías, ¿no es eso? —dijo la vieja con voz trémula—. ¡Pues toma, maldita!

El bastón cayó sobre el pecho y el brazo de Julieta, que sintió cómo un viento helado se le cruzaba en el cerebro. Arrebató el bastón de la mano de su abuela y lo partió contra las rodillas mientras la vieja, atemorizada, se apartaba. Echó los trozos al fuego, y con voz tan liviana y seca como una cáscara de huevo repitió irreflexivamente: —Me has hecho hacerlo, me has hecho hacerlo.

La cólera de la vieja se esfumó.

—No me molestes, chiquilla. ¿Es que no puedes dejar que me siente junto a mi propia chimenea sin molestarme y fastidiarme? No ha habido ni un solo Bunden que no se haya propuesto molestarme y fastidiarme. ¡Tú y tunegra! Espera a que me muera: no tendrás que esperar mucho; entonces podrás llenar la casa de sirvientes.

Se arrastró por el cuarto hacia la monstruosa y torva sombra de su cama, encortinada en invierno y en verano.

—Si no te gusta vivir aquí, puede que tu marido te ponga una cocinera.

—Rió entre dientes con perversidad; luego lanzó un gruñido mientras se movía a tientas en la oscuridad.

Fuera, el cielo estaba claro; era un cuenco invertido de agua oscura inundada de estrella; el pelo húmedo se le agitó sobre la frente como ante el roce de una mano. Con resuelta parsimonia sacó y ensilló el viejo y único caballo, montó apoyando el pie sobre el abrevadero y tomó el camino de la ciudad, dejando el portón abierto de par en par a sus espaldas. Volvió una vez la vista hacia la casa oscura, y repitió: —Me has obligado a hacerlo —y siguió hacia adelante en medio de la oscuridad. Pronto se asentó el último torbellino de polvo alzado por los cascos del caballo, y el camino volvió a quedar vacío.

VI

Julieta sobrellevó como pudo los días que siguieron. Su abuela y ella, merced a un pacto tácito, no volvieron a mencionar el último incidente; la vida discurría sin cambios, tan monótona y anodina como siempre. Julieta se sentía como alguien que ha lanzado los dados y ha de esperar una eternidad hasta que dejen de rodar. También sentía, sin embargo, una vaga apatía en relación con lo que ellos pudieran mostrar: sus reservas volitivas se habían agotado. Su terror, su miedo ante lo que había hecho se había diluido en la mansa rutina de quehaceres y en los sueños solitarios a la luz del crepúsculo.

La casa estaba a oscuras; un ángulo de la cambiante y apacible luz de la lumbre señalaba la puerta del cuarto de su abuela. Al principio no vio a la anciana, pero al cabo descubrió una mano marchita que acariciaba la pipa.—¿Julieta? —le habló la abuela desde su rincón.

Julieta entró; la agresividad desdeñosa se encrespaba en su interior; se quedó de pie junto al fuego. El calor le llegaba placenteramente a través de la falda, contra las piernas. La abuela se echó hacia adelante y su cara quedó suspendida como una máscara a la luz de la lumbre. Escupió.

—Tu padre ha muerto —dijo.

Julieta contempló la enorme y fluctuante sombra de la cama encortinada.

Las pausadas bocanadas de la pipa de la vieja golpeaban blandamente sus oídos como alas de mariposa nocturna.

Joe Bunden ha muerto, pensó sin emoción; era como si las palabras de la abuela siguieran suspendidas susurrándose entre sí, en la penumbra del cuarto. Al cabo se movió.

—¿Ha muerto padre, abuela? —repitió. La vieja volvió a moverse, y gruñó: —¡Loco, loco! Todos los Bunden han nacido locos: aún no he conocido a ninguno, si te exceptuamos a ti, que no sea un desastre de nacimiento. Me casé con uno, pero se murió antes de hacer demasiado daño; y me dejó una granja arruinada y un montón de hijos.

Y ahora Joe, después de formar una familia, los deja a todos en la miseria; a menos que esa mujer tenga más agallas de las que yo le he visto.

Tampoco Lafe Hollowell era mucho mejor. Él y Joe harán una buena pareja esta noche en el infierno.

—¿Qué sucedió, abuela? —se oyó a Julieta decir con voz carente de pasión.

—¿Qué sucedió? Joe Bunden era un loco, y Lafe Hollowell no era mucho más cuerdo, por lo menos desde que se juntaron... Los mataron anoche los policías del contrabando, en la destilería de Lafe. Alguien

llegó a la ciudad el miércoles por la noche, muy tarde, y le contó al diácono Harvey lo que sabía, así que los policías cayeron sobre ellos ayer por la noche.

No se ha sabido quién los delató... o seguramente no lo quieren decir.

La vieja inclinó la cabeza y fumó con los ojos cerrados por espacio de unos instantes. Julieta, con una suave mezcla de tristeza y de alivio indescriptible, miraba serenamente la lenta rotación de sombras. Los susurros de la vieja se materializaron en torno: —Esa mujer con la que Joe se casó, en cuanto se enteró se volvió a casa. Dios sabe lo que va a ser de tus hermanos: yo no los voy a recoger.

Y el chico de Lafe, ¿cómo se llamaba? ¿Lee?, se largó y no se le ha vuelto a ver. Que se vaya con viento fresco.

Las sombras se encaramaron por la pared; luego cayeron; y entretanto, las palabras de la abuela persistieron en la penumbra como telarañas. Julieta dejó el cuarto; se sentó en el suelo del porche con la espalda contra el muro y las piernas rígidas ante ella.

Joe Bunden: ya no lo odiaba; pero Lee... Lo de Lee era diferente: su partida era más tangible que la muerte de cien hombres: era como si muriera ella misma. Se quedó allí sentada en la oscuridad, contemplando cómo se alejaba de ella la niñez. Recordaba con claridad dolorosa aquella primavera en que ella y Lee nadaron y pescaron y vagabundearon por vez primera, aquellos días fríos e inclementes hechos jirones de nubes sobre las hondonadas de lluvia de la tierra en barbecho. Podía casi oír los gritos de los hombres que araban la tierra fangosa, y la maraña de mirlos que se inclinaban con el viento como pedazos de papel quemado...

Se levantó al fin y descendió despacio por la colina en dirección al arroyo; entonces vio una pequeña forma oscura que se acercaba a ella. ¡Lee!, pensó, y sintió que se le contraían los músculos del cuello, pero no era Lee: era demasiado pequeña. La figura, al verla, se detuvo, y luego se aproximó con cautela.

—¿Jule? —dijo tímidamente la sombra.

—¿Quién es? —dijo ella con sequedad.

—Soy yo... Bud.

Se miraron con curiosidad el uno al otro.

—¿Qué haces aquí?—Me marchó.

—¿Te marchas? ¿Adónde puedes ir tú?

—No lo sé; a alguna parte. No puedo quedarme en casa más tiempo.

—¿Por qué no puedes quedarte en casa? —Renacían en ella emociones que odiaba.

—Por madre, que es... La odio.

No me voy a quedar allí ni un día más. Si me quedaba antes era por padre; pero ahora..., ahora padre... está... está...

Cayó de rodillas e hizo oscilar el cuerpo como acusando la recurrencia del dolor. Julieta, en un arrebatado de piedad y odiándose a sí misma, se acercó a él. Su hermano era un chiquillo sucio con un mono ajado; Julieta calculó con dificultad que debía tener unos once años. Junto a él había un bulto, envuelto en un pañuelo anudado, con un mendrugo de pan frío e indigesto y un sobado libro con ilustraciones descoloridas por el tiempo.

Parecía pequeño y solo, arrodillado sobre las hojas muertas, que el vínculo común del odio acabó por acercarlos. Alzó la cara surcada y sucia, dijo: "Oh, Jule", se abrazó a las piernas de su hermana y hundió la cara contra sus caderas angulosas y menudas.

Ella contempló cómo las caprichosas interrupciones de la luz lunar torturaban las desnudas ramas de los árboles. El viento soplaba arriba con un sonido lejano, y se deslizó por la cara de la luna una silenciosa V de gansos. La tierra estaba fría y silenciosa, y en su oscura quietud aguardaba a la primavera y al viento del sur. La luna miró a través de un claro entre nubes y ella pudo ver el pelo desgredado de su hermano y el desvaído cuello de su camisa, y entonces las mortificantes y desusadas lágrimas le afloraron a los ojos y se deslizaron por la curva de sus mejillas. Al final ella también lloró abiertamente, porque todo parecía tan efímero y sin sentido, tan fútil; porque todo esfuerzo, todo impulso que había sentido hacia el logro de la felicidad se había visto frustrado por circunstancias ciegas, y hasta su tentativa de romper para siempre con la familia que odiaba se había venido abajo ante algo que le nacía de dentro. Ni la muerte podía servirle de consuelo, pues la muerte no era sino ese estado en el que los que se han dejado atrás quedan sumidos.

Julieta, al cabo, se sacudió las lágrimas de la cara y apartó a su hermano de sí.

—Levántate. Estás loco, así no puedes ir a ninguna parte; eres tan pequeño... Ven a casa a ver a la abuela.

—No, no Jule; no puedo, no quiero ver a la abuela.

—¿Por qué no? Tienes que hacer algo, ¿no? A menos que quieras volver a casa —añadió al fin.

—¿Volver con ella? No volveré con ella nunca.

—Bueno, entonces vámonos; la abuela sabrá lo que tienes que hacer.

Él retrocedió otra vez.

—Tengo miedo de la abuela; tengo miedo de ella.

—Entonces, ¿qué es lo que vas a hacer?

—Me voy, lejos, por allí —dijo, señalando hacia la capital del condado.

Ella reconoció la obstinación de su hermano como algo familiar, y supo que aquel chiquillo era tan difícil de convencer como ella misma. Había algo, sin embargo, que podía hacer: lo engatusó y lo llevó hasta el portón que daba al camino, y lo hizo esperar al abrigo de un árbol. Salió al poco con un voluminoso paquete de comida y unos cuantos dólares en monedas pequeñas —sus ahorros de aquellos años—.

Él lo tomó con la torpe apatía de la desesperación, y ambos caminaron juntos hasta el camino principal, donde se detuvieron y se miraron como extraños.

—Adiós, Jule —dijo al fin, y la hubiera tocado otra vez, pero ella se apartó; de modo que él se volvió y echó a andar, pequeña y vana figura por el camino difuso. Lo vio alejarse hasta que fue apenas visible, luego desapareció, y una vez más, Julieta se volvió y descendió la colina.

Los árboles estaban quietos, incorpóreos e inmóviles como reflejos, pues el viento había amainado; a la espera del invierno y de la muerte, como paganos indiferentes a los rumores de inmortalidad. Lejos aulló un perro sobre la tierra de octubre, y el melodioso y largo son de un cuerno vibró en torno a ella, llenando el aire como una agitación de aguas estancadas, y fue absorbido de nuevo en el silencio, y el oscuro mundo quedó inmóvil a su alrededor, apacible y levemente triste y bello. Cazadores de zarigüeyas, pensó, y luego, cuando el sonido hubo cesado, se preguntó si había oído algo realmente.

Se preguntó oscura y vagamente cómo era posible que las cosas la hubieran inquietado alguna vez, cómo podía existir algo capaz de perturbar aquel estado de ánimo: sereno y levemente entristecido. Ella avanzaba apenas, y era como si los árboles se movieran sobre su cabeza, haciendo deslizar sus ramas más altas por unas aguas cuajadas de estrellas, aguas que se abrían ante ellas para dejarles paso y volvían a juntarse luego, sin una onda o un cambio.

Allí, a sus pies, estaba el pozo: sombras, otra vez árboles inmóviles, otra vez el cielo; se sentó en el suelo y miró el agua con desesperanza suave y sensual. Aquello era el mundo, bajo sus pies y sobre su cabeza, eterno y vacío y sin límites. El cuerno volvió a sonar en torno a ella, en el agua y en el cielo y en los árboles; luego cesó despaciosamente, y del cielo y los árboles y el agua se vertió dentro de ella, dejándole en la boca un cálido sabor salado. Se echó súbitamente boca abajo y hundió la cara entre los brazos delgados, y sintió cómo la penetrante tierra chocaba a través de las ropas contra los muslos y vientre, contra los menudos y duros pechos. El último eco del cuerno se alejó inmaculadamente de ella y se deslizó por alguna colina blanda y sin límites de la quietud otoñal, como el rumor de una desesperanza lejana.

Y pronto, también, dejó de oírse.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

